

## **Los muchachos (Anton Chejov)**

-¡Volodia ha llegado! -gritó alguien en el patio.

Toda la familia Korolev corrió a las ventanas. En el patio se veían unos trineos, arrastrados por tres caballos blancos.

Volodia se hallaba ya en el vestíbulo y hacía esfuerzos para despojarse de su bufanda de viaje. Sus manos rojas, con los dedos casi helados, no lo obedecían.

Su madre y su tía lo estrecharon entre sus brazos.

La criada Natalia trataba de quitarle los chanclos. Sus hermanitas lanzaban gritos de alegría. El padre de Volodia, en mangas de camisa y las tijeras en la mano, acudió al vestíbulo y quiso abrazar a su hijo.

-¡Volodia, hijito! ¡Pero, por Dios, déjenme abrazarlo!

Milord, un enorme perro negro, estaba también muy agitado. Sacudía la cola contra los muebles y las paredes y ladraba con su voz potente de bajo.

Luego, los Korolev se dieron cuenta de que además de Volodia se encontraba allí otro hombrecito. Permanecía inmóvil en un rincón.

-Volodia, ¿quién es ese? – preguntó la madre.

-¡Ah, sí! Tengo el honor de presentarles a mi camarada Chechevitzin. Lo he invitado a pasar con nosotros las Navidades.

-¡Muy bien, muy bien! -dijo el padre-. Perdóneme; estoy en mangas de camisa. ¡Largo, Milord! ¡Me aburres con tus ladridos!

Un cuarto de hora más tarde Volodia y Chechevitzin estaban sentados en el comedor y tomaban té. Hacía calor en el comedor, y los dos muchachos parecían por completo felices.

-¡Bueno, ya llegan las Navidades! -dijo el señor Korolev-. Señor Chechevitzin, ¿un poco más de té?

Las tres hermanas de Volodia -Katia, Sonia y Macha-, de las que la mayor no tenía más que once años, no quitaban ojo del amigo de su hermano. Chechevitzin era de la misma estatura y la misma edad que Volodia, pero más moreno y más delgado. Era muy feo, y se le hubiera podido confundir por un pillete.

Su actitud era triste. Las niñas, mirándolo, comprendieron que debía de ser un hombre en extremo inteligente. Si le preguntaban algo sufría un ligero sobresalto y rogaba que le repitiesen la pregunta.

Las niñas habían observado también que el mismo Volodia, siempre tan alegre, casi no hablaba. En la mesa, solo una vez se dirigió a sus hermanas; señaló al samovar y dijo:

-En California se bebe ginebra en vez de té.

También él se hallaba absorto en no sabían qué pensamientos. A juzgar por las miradas que cambiaba de vez en cuando con su amigo, los de uno y otro eran los mismos.

Luego del té se dirigieron todos al cuarto de los niños. El padre y las muchachas reanudaron el trabajo: hacían, con papel de diferentes colores, flores artificiales para el árbol de Navidad. De vez en cuando entraba la madre, grave y atareada, y preguntaba:

-¿Quién ha cogido mis tijeras? ¿Has sido tú, Iván Nicolayevich?

-¡Dios mío! -se indignaba Iván Nicolayevich-. ¡Hasta de tijeras me privan!

Los dos muchachos manifestaban una indiferencia absoluta hacía las flores artificiales. Se sentaron junto a la ventana, separados de los demás, y se pusieron a hablar por lo bajo. Luego abrieron un atlas geográfico y empezaron a examinar una de las cartas.

-Por de pronto, a Perm -decía muy quedo Chechevitzin- de allí, a Tumen.... Después, a Tomsk...

-Espera... Eso es de Tomsk a Kamchatka...

-En Kamchatka nos meteremos en una canoa y atravesaremos el estrecho de Bering, henos ya en América.

-¿Y California? -preguntó Volodia.

-California está más al sur. Una vez en América, está muy cerca... Para vivir es necesario cazar y robar.

Durante todo el día Chechevitzin se mantuvo a distancia de las muchachas y las miró con desconfianza. Por la tarde, después de merendar, se encontró durante algunos minutos completamente solo con ellas. Tosió, miró severamente a Katia y preguntó:

-¿Ha leído usted a Mayne-Reid?

-No... Dígame: ¿sabe usted patinar?

Chechevitzin resopló como un hombre que tiene mucho calor. Luego dijo:

-Cuando una manada de antílopes corre por las pampas, la tierra tiembla bajo sus pies.

Tras un nuevo silencio, añadió:

-Los indios atacan con frecuencia los trenes. ¿Sabe usted quién soy yo?

-Volodia nos dijo que usted es el señor Chechevitzin.

-No; me llamo Montigomo, Garra de Buitre, jefe de los Invencibles.

Las niñas, que no habían comprendido nada, lo miraron con un poco de miedo.

Chechevitzin pronunciaba palabras extrañas. Él y Volodia conspiraban siempre y hablaban en voz baja. Las dos niñas mayores, Katia y Sonia, comenzaron a espiar a ambos muchachos. Por la noche se acercaron de puntillas a la puerta de su cuarto y se pusieron a escuchar.

Supieron que ambos muchachos se aprestaban a huir a algún punto de América para amontonar oro. Todo estaba ya preparado para su viaje: tenían un revólver, dos cuchillos, galletas, una lente para encender fuego, una brújula y una suma de cuatro rublos. Chechevitzin llamaba a Volodia “mi hermano rostro pálido” en tanto que Volodia llamaba a su amigo “Montigomo, Garra de Buitre”.

-No hay que decirle nada a mamá -dijo Katia al oído de Sonia mientras se acostaban-. Volodia nos traerá de América mucho oro y marfil.

Todo el día de Nochebuena estuvo Chechevitzin examinando el mapa de Asia y tomando notas. Volodia iba y venía sin cesar por las habitaciones. En el cuarto de los niños, se detuvo una vez delante del icono, se persignó y dijo:

-¡Perdóname! Dios mío. Ten piedad de mí. ¡Pobre mamá!

Por la tarde se echó a llorar. Al ir a acostarse abrazó largamente a su madre, a su padre y a sus hermanas.

A la mañana siguiente, temprano, Katia y Sonia se levantaron, y se dirigieron quedamente a la habitación de los muchachos y oyeron lo siguiente:

-Vamos, ¿quieres ir? -preguntó Chechevitzin-.

-¡Dios mío! -respondió llorando Volodia-. No quiero separarme de mamá.

-¡Hermano rostro pálido, partamos! Te lo ruego.

-No me da miedo; pero... ¿qué va a ser de mi pobre mamá?

-Dímelo de una vez: ¿quieres seguirme o no?

-Yo me iría, pero... quiero quedarme aún algunos días con mamá.

-Bueno; en ese caso me voy solo -declaró Chechevitzin-. Dame el revólver, los cuchillos y todo lo demás.

Volodia se echó a llorar con tanta desesperación, que Katia y Sonia, compadecidas, empezaron a llorar también.

-¿No me acompañas? -preguntó una vez más Chechevitzin.

-Sí, me voy... contigo.

-Bueno, vístete.

Y para dar ánimos a Volodia, Chechevitzin empezó a rugir como un tigre, y prometió a Volodia darle todas las pieles de los leones y los tigres que matase.

Aquel muchachito delgado, de cabellos crespos y feo semblante, les parecía a Katia y a Sonia un hombre extraordinario. Héroe valerosísimo, rugía como un león o como un tigre auténticos.

Hasta las dos, hora en que se sentaron a la mesa para almorzar, todo estuvo tranquilo. Pero entonces se advirtió la desaparición de los muchachos. Los buscaron en la cuadra, en el jardín; se los hizo buscar después en la aldea vecina; todo fue en vano. A las cinco se merendó, sin los muchachos. Cuando la familia se sentó a la mesa para comer, mamá manifestaba una gran inquietud y lloraba.

Buscaron a Volodia y a su amigo durante toda la noche. Se escudriñaron, con linternas, las orillas del río. En toda la aldea, reinaba gran agitación. A la mañana siguiente llegó un oficial de policía. Mamá no cesaba de llorar. Pero hacia el mediodía unos trineos, arrastrados por tres caballos blancos se detuvieron junto a la puerta.

-¡Es Volodia! -exclamó alguien.

Los dos muchachos habían sido detenidos en la ciudad próxima cuando preguntaban dónde podrían comprar pólvora.

Volodia se lanzó al cuello de su madre. Las niñas esperaban, aterrorizadas, lo que iba a suceder. El señor Korolev se encerró con ambos muchachos en el gabinete.

-¿Es posible? -decía con tono enojado-. Si se sabe esto en el colegio los pondrán de patitas en la calle. ¿Dónde han pasado la noche?

-¡En la estación! -respondió altivamente Chechevitzin.

Volodia se acostó, y hubo que ponerle compresas en la cabeza. A la mañana siguiente llegó la madre de Chechevitzin, avisada por telégrafo. Aquella misma tarde partió con su hijo.

Chechevitzin, hasta su partida, se mantuvo en una actitud severa y orgullosa. Al despedirse de las niñas no les dijo palabra; pero tomó el cuaderno de Katia y dejó en él, a modo de recuerdo, su autógrafo:

“Montigomo, Garra de Buitre, jefe de los Invencibles”.